

Hombres, diferencias y racismo

Michael Flood

¿Qué significan la raza y la etnicidad para el movimiento de hombres, para el desarrollo de comunidades de hombres y para nuestra comprensión de la masculinidad? Michael Flood ofrece un análisis.

Es el momento propicio para que la diversidad entre hombres sea reconocida por activistas en el movimiento de hombres y por teóricos/as sobre la masculinidad. Tratemos de aprender de los movimientos de mujeres, en lugar de repetir sus errores iniciales, para poder desarrollar un profeminismo incluyente y antirracista.

La “segunda ola” del feminismo dio inicio en los países occidentales a finales de los años sesenta. Aunque diferentes corrientes feministas ofrecieron distintas explicaciones de la situación de las mujeres, todas estuvieron de acuerdo en que las mujeres compartían una opresión común.

Hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta se estaba cuestionando que el feminismo se arrogaba la representatividad de todas las mujeres por igual y promulgara una “sororidad” común. Los escritos y acciones de mujeres de la clase trabajadora, mujeres de color, lesbianas y mujeres mayores proponían una crítica feminista del feminismo—una crítica tanto dentro del feminismo como contra éste.

El feminismo occidental blanco fue criticado por pretender universalizar las experiencias de las mujeres blancas (y a menudo de clase media) en los países capitalistas desarrollados y por no ser capaz de abordar cuestiones relacionadas con el racismo. Feministas negras, no anglicanas y del tercer mundo argumentaban contra la idea de que el género fuera necesariamente la opresión más fundamental. Proclamaban que la raza y la etnia, el racismo y el colonialismo eran al menos tan importantes en moldear las vidas de las mujeres (y de los hombres).

La raza tiene género—y el género tiene raza. El sexismo y el racismo se traslapan y su intersección es ahora el tema de una rica y fértil literatura feminista.

La experiencia ganada de este cambio en la teoría feminista tiene profundas implicaciones para nuestra visión de los hombres y la masculinidad. Al nivel más simple debemos reconocer que los hombres de distintos orígenes étnicos y culturales tienen diferentes experiencias de la masculinidad. “Ser hombre” significa cosas distintas en diferentes culturas y entre diferentes grupos étnicos.

Este simple hecho significa que no podemos hablar o escribir sobre “el rol masculino” como si existiera un solo modelo de cómo ser hombre en la sociedad australiana. Por el contrario, existen múltiples masculinidades—algunas son dominantes y otras subordinadas o marginadas. Hay distintas formas de “practicar la masculinidad” y diferentes masculinidades guardan diferentes relaciones con el poder.

La imagen dominante de la masculinidad que se nos presenta en Australia es la de la masculinidad blanca. La cultura popular coloca las vidas de hombres blancos y anglo-celtas en primer plano, mientras que margina e invisibiliza las vidas de hombres que no hablan inglés y las de hombres de color.

Esta masculinidad blanca (y heterosexual y usualmente de clase media) a lo que la gente suele referirse cuando habla de “el rol masculino”.

El blanco es un color

Para los hombres, nuestro género ha sido invisible durante mucho tiempo. Nos vemos en el espejo y vemos un “ser humano”, una persona genérica. Pero con el surgimiento del movimiento de mujeres hace tres décadas, esta visión ciega al género se hizo más difícil. La masculinidad fue replanteada como algo socialmente producido e históricamente específico y como un problema social en lugar de la clásica postura de “así son las cosas”.

Este mismo proceso también debe ocurrir con la raza y la etnia. En su libro *Hombres, masculinidades y teoría social*, Michael Kimmel describe una confrontación ocurrida durante un seminario feminista entre dos mujeres, una blanca y una negra, respecto a si sus similitudes como mujeres eran mayores que sus diferencias raciales.

La mujer blanca afirmó que el hecho de ser mujeres las unía, a pesar de las diferencias raciales. Ambas compartían una opresión común como mujeres y ambas eran ‘hermanas bajo la piel’.

La mujer negra no estaba de acuerdo. ‘Cuando te levantas por la mañana y ves el espejo, ¿qué es lo que miras?’ preguntó.

‘Veo una mujer’, dijo la mujer blanca con esperanza.

‘Ése es precisamente el problema’, respondió su interlocutora. ‘Yo veo una mujer negra. Para mí, la raza es visible cada minuto de cada día porque eso hace que yo no sea privilegiada en esta cultura. La raza es invisible para ti, razón por la cual nuestra alianza siempre me parecerá falsa y forzada’.

Las personas blancas tenemos un interés personal en el antirracismo. No nos percibimos como singulares, específicas o valiosas. Se nos saca “blanqueadas” de nuestras identidades culturales, étnicas y nacionales específicas y perdemos nuestras herencias culturales particulares. Tal como escribió Harry Brod en el capítulo especial sobre la masculinidad negra de su libro *Cambiando a los hombres (Changing Men)*, «Esto perpetúa la ilusión de que existe una cultura ‘blanca’ monolítica y homogénea, en cuyo contraste las culturas del tercer mundo parecen ser desviaciones—ya sea desdeñadas como inferiores o romantizadas como exóticas.»

El carácter dominante y dado por hecho de “blancura” es crucial para el racismo. Brod de nuevo: «La falsa ilusión de que somos simplemente ‘blancos’ o ‘blancas’ es parte de lo que mantiene el racismo tan firmemente arraigado, ya que permite la perpetuación de lo blanco como la cultura dominante y normativa.»

Diversidad y racismo

“Diversidad cultural” es el título de esta edición especial de la revista XY. Pero la palabra diversidad no necesariamente sugiere un aspecto clave de las relaciones entre hombres de diferentes orígenes raciales y étnicos. El aspecto clave es el poder. Hombres de diferentes orígenes tienen un acceso diferenciado a los recursos sociales y a una condición social.

La experiencia de los hombres aborígenes es un brutal ejemplo de ello. Entre ellos, las altas tasas de encarcelamiento, de muerte mientras están en prisión, de salud y educación deficientes, pobreza y desempleo son un testimonio del legado de desposesión y racismo.

Los hombres afroamericanos son excluidos del empleo y, por tanto, no pueden asumir un rol tradicional masculino de proveedores. También en Australia la pobreza y el racismo tienen un profundo efecto en las

vidas de hombres indígenas o de antecedentes no angloparlantes. Tal como Kenneth Clatterbaugh escribió en su libro *Perspectivas contemporáneas sobre la masculinidad* (*Contemporary perspectives on masculinity*), «El mensaje del patriarcado a los hombres negros es “sé un hombre”; el mensaje del capitalismo es “de ninguna manera”.»

Hombres de color han criticado las perspectivas dominantes en el movimiento de hombres, y en la literatura sobre masculinidad, por explicar solamente la masculinidad blanca dominante a la vez de representarla como universal. Kenneth Clatterbaugh resume la crítica afroamericana: «Así como la masculinidad dominante es moldeada por el privilegio y el racismo contra los negros, la masculinidad negra es moldeada por la pobreza y la opresión.»

El hombre negro de los hombres blancos

Las ideas sobre la masculinidad son centrales para la historia del colonialismo occidental. En su libro *Cámara lenta: Cambiando las masculinidades, cambiando a los hombres* (*Slow motion: changing masculinities, changing men*), Lynne Segal describe ideas—de mediados del siglo XIX—respecto al caballero inglés blanco como un ser superior que llevaba la civilización a las razas inferiores del mundo. Se imaginaba que los hombres negros eran bestias ‘primitivas’ y altamente sexualizadas, salvajes y sexuales.

Nociones similares sobre los hombres negros fueron centrales en el linchamiento de miles de ellos en los Estados Unidos. Estas ejecuciones fueron justificadas en aras de la protección de las mujeres blancas, pero de hecho eran las mujeres negras a quienes hombres blancos violaban sistemáticamente.

El legado del colonialismo en países occidentales es obvio. Por ejemplo, a mediados de la década de 1970 resurgió el racismo en los Estados Unidos y Gran Bretaña, según Lynne Segal. La reelección de Bush como presidente dependía, en parte, de la criminalización de la imagen de los hombres negros. En Gran Bretaña, la delincuencia juvenil y la juventud negra se volvieron sinónimos, en el contexto de una creciente pobreza, de brutalidad policial y racismo estatal. Los estereotipos de los hombres negros como sementales y violadores persisten en la cultura popular.

Por lo tanto, combatir el racismo también se trata de luchar contra las imágenes dominantes de los hombres y de la masculinidad, como las fantasías racistas de la sexualidad negra que son opresivas para mujeres y hombres por igual.

El racismo moldea nuestras imágenes y tratamiento hacia las mujeres. Tal como escribió Jan Pettman en su libro *Viviendo al margen: racismo, sexismo y feminismo en Australia* (*Living on the margins: racism, sexism and feminism in Australia*), las mujeres aborígenes pueden ser presentadas como ligeras y fáciles, y las asiáticas como sexualmente exóticas, pasivas y acostumbradas a la dominación masculina. Estas y otras mujeres de minorías son sujetas a acoso racial sexualizado y a invasiones públicas.

Raza, poder, teoría

El reconocimiento de las diferencias y divisiones entre hombres complica y altera nuestros análisis del poder de los hombres. El poder de género se traslapa con el poder racial y el poder de clase.

Claramente, los hombres de color y de antecedentes no angloparlantes no se benefician del capitalismo patriarcal en la misma forma que otros hombres. Varios escritores estadounidenses describen a los hombres negros jóvenes como una “especie en peligro de extinción”, destacando su crónico desempleo, su bajo

desempeño educativo, su participación en la delincuencia, una salud deficiente y altas tasas de homicidio. Por otro lado, al centrarnos sólo en la diversidad corremos el riesgo de perder de vista el poder de los hombres como género.

El reconocimiento de la raza y la etnia también altera análisis y estrategias feministas iniciales que tienen que ver con el mercado de trabajo, las familias y la violencia. Pettman describe, por ejemplo, las complejas cuestiones políticas en torno a la violencia en las comunidades aborígenes. Nombrar la violencia de los hombres aborígenes puede reforzar imágenes racistas, y buscar protección del Estado es problemático especialmente para las mujeres aborígenes—la injerencia estatal en sus comunidades ya es crónica y el encarcelamiento es peligroso. Si bien el feminismo ha propiciado romper silencios sobre la violencia familiar, las mujeres aborígenes son conscientes de la cautela que deben tener al nombrar la violencia.

En una manera más profunda, el ‘descubrimiento’, en la teoría feminista, de las diferencias ha llevado al cuestionamiento de la categoría “mujer”. Los feminismos posestructuralista y posmoderno han cobrado prominencia en la teoría feminista, afirmando las formas alternativas de comprender la verdad, la identidad, el poder y el género. Dejaré para otro momento una discusión de este desarrollo, pero quiero decir acá que el feminismo posmoderno ofrece una riqueza de recursos a teóricos/as sobre los hombres y la masculinidad.

¿Una política de hombres?

En el movimiento australiano de hombres hay relativamente pocos hombres de color y de antecedentes no angloparlantes. Yo podría estar totalmente equivocado respecto a esto; la etnia y las diferencias culturales pueden permanecer invisibles si no son nombradas abiertamente, y tal vez yo esté cometiendo el clásico error etnocéntrico de asumir que todos (los hombres en el movimiento) son de antecedentes angloparlantes.

Si hay pocos hombres de color y de antecedentes no angloparlantes en el movimiento, ¿por qué es así? Tengo algunas ideas. Podría ser que los asuntos que interesan a una gran parte del movimiento de hombres—sanación personal y expresividad emocional—son secundarios para hombres que enfrentan pobreza, desempleo y desubicación cultural. Podría ser que el movimiento es relativamente joven y, al igual que muchos movimientos sociales, ha empezado con personas blancas, de clase media y educadas. Podría ser que las perspectivas etnocéntricas sobre los hombres en el movimiento hacen que hombres de otros orígenes se sientan excluidos y no bienvenidos.

Sin embargo, hay varios indicios promisorios entre los grupos de hombres en Australia. Es probable que en los próximos meses el ‘antirracismo’ se convierta en el cuarto principio rector de Hombres contra la Violencia Sexual / Men Against Sexual Assault (los otros tres son pro-masculinidad, pro-feminismo y pro-homosexualidad—ver mi abordaje de éstos en la edición de XY de verano 1993-1994). El ‘antirracismo’ fue recientemente adoptado por la principal organización de hombres progresistas de los Estados Unidos, la Organización Nacional de Hombres contra el Sexismo / National Organization of Men Against Sexism (NOMAS).

Algunos grupos de hombres en Australia trabajan a partir de la sabiduría indígena de las culturas aborígenes, con frecuencia a través de la participación de ancianos aborígenes. Por ejemplo, cerca de Lismore acaba de llevarse a cabo un retiro de tres días llamado “Creatividad, sabiduría indígena y el espíritu masculino”. También se utilizan perspectivas espirituales indígenas estadounidenses y orientales.

Podemos aprender mucho de hombres de otras culturas y de las perspectivas indígenas de sociedades no occidentales. Pienso en mi amistad con Schuman, un hombre musulmán de Indonesia, quien me enseñó mucho sobre la representación que los medios occidentales hacen de los hombres musulmanes como

terroristas y fanáticos, y de la forma en que esa construcción de un “otro” peligroso se utiliza para justificar el imperialismo militar.

También una nota de cautela. Tenemos que evitar hablar en nombre de otras culturas, romantizarlas o no criticar aquellos aspectos de otras culturas o masculinidades que oprimen a las mujeres u otros grupos.

Intimidad y diferencia

Una de las metas más importantes del movimiento de hombres es romper el aislamiento de los hombres. Nuestra tarea consiste en crear coaliciones y comunidades que apoyen y nutran a los hombres, sin hacerlo a expensas de mujeres u hombres de diversas etnias, sexualidades y clases.

Si los hombres hemos de construir una hermandad, debemos reconciliarnos con nuestra diversidad. En palabras de Harry Brod: «Una intimidad más auténtica se deriva de reconocer las diferencias en lugar de ignorarlas. Los temas de nuestros puntos en común como hombres deben entretrejerse con nuestras diferencias, no abstraerse de ellas.»

Dejaré las palabras finales a un hombre de color, Michael-David Gordon: “¿Puedes convertir el saber quién soy en algo desesperadamente vital para tu vida? ¿Puedes vivir y actuar como si mi libertad y la tuya estuvieran intrínsecamente vinculadas? ¿Puedes unirme a mí para protestar contra un sistema que ha sido creado básicamente para tu bienestar? ¿Estás dispuesto a renunciar a tu sillón de poder para verme, para ver a este “otro hombre”, y llamarme por mi nombre? ¿Puedes confiarme tu vida?

Michael Flood
Sociólogo profeminista australiano
<https://uow.academia.edu/MichaelFlood>
mflood@uow.edu.au

© 1995. Revista XY: *men, sex, politics*. PO Box 26, Ainslie ACT, 2602, Australia.
Título original: Men, difference and racism
Artículo traducido por Laura E. Asturias (Guatemala @ www.transwiz.org) con autorización del autor. Ésta es la primera versión del artículo. La versión actualizada en inglés se encuentra en www.xyonline.net/category/authors/michael-flood?page=6

